
LINA MARCELA CHAGÜENDO



El sueño Lewa, una negrita bella (...)¹



1. El título de este relato fue tomado de la narración de la protagonista. Ésta se basa en la historia real de una mujer a quien he llamado Lewa, que es bailarina, mamá, estudiante de derecho y, ante todo, amiga incondicional.

De niños pensamos que el mundo no podía haber sido testigo de tanto caos como el que tenemos hoy en día. Sin embargo, la historia de la humanidad está cargada de miles de hechos, momentos y episodios que nos muestran el dolor en el que hemos crecido. La exclusión social ha sido por mucho tiempo uno de los mayores problemas de las sociedades, pues no nos ha bastado con identificarnos como humanos sino que hemos creado miles de categorías para diferenciar los unos de los otros. Dicha diferenciación ha traído consigo una extrema división social de carácter negativo, pues, si bien sabemos que cada uno nace con cualidades muy distintas que nos hacen únicos, esos diferentes tipos de clasificación social han sido usados en contra de algunos grupos sociales que comparten rasgos bien sean culturales, ancestrales, físicos o intelectuales.

En este sentido, clasificarnos para diferenciar es un aspecto que se ha usado en contra de nosotros mismos y nos ha traído un sin fin de problemas de cohesión, pues ha desencadenado terribles formas de exclusión que, a mi modo de ver, son totalmente absurdas. Ejemplos que evidencian las equivocaciones de la sociedad son muchos; entre ellos tenemos los más mencionados como el racismo, la violencia de género, la exclusión por factores económicos y políticos, entre otros. Estas han sido grandes debilidades que hemos tenido como sociedad.

Este relato narra la historia de una víctima de una de las tantas formas de exclusión social: el racismo. La historia está basada en hechos reales y fue contada por una mujer a la cual admiro y respeto mucho, y con la cual estoy agradecida por permitirme contar sus recuerdos y los de su madre.

Lewa, como la llamaba su mamá, era una “negra bella” que se la pasaba cantando y bailando desde que amanecía hasta que el sol se escondía. Había venido al mundo cargada de grandes dotes, en especial aquellos que se relacionaban con la música y la danza. Su mayor sueño era convertirse en bailarina de ballet, a pesar de que ella sabía que no luciría como todas las demás bailarinas que veía en la televisión, porque ella era una mujer negra.

La madre de Lewa, Emma, era una *berraca* que había sacado adelante a Lewa y sus dos hermanos, sola, sin ayuda de nadie. Siempre quiso lo mejor para sus hijos, pues ellos eran su vida entera. Así, un día, al ver la pasión y la insistencia de Lewa por ser bailarina, Emma decidió llevarla a una escuela de ballet o academia, como le suelen llamar. Escogió una de las mejores escuelas de la ciudad y, sin importar el costo, ella decidió que, con mucho esfuerzo y sacrificio, haría lo imposible para que Lewa cumpliera su sueño. Emma quería, por supuesto, que ese hecho marcara la vida y la historia de su hija por completo, pues significaba que iba a empezar a hacer realidad su tan anhelado sueño. Así que quiso que fuera una sorpresa, entonces un día cualquiera Emma le dijo a Lewa que se preparara para salir. Lewa así lo hizo.



“La exclusión social ha sido por mucho tiempo uno de los mayores problemas de las sociedades...”

Pasada una hora llegaron al lugar, la anhelada escuela de ballet. Al entrar, lo primero que Emma notó es que era un lugar muy hermoso, adecuado exclusivamente para señoritas, todo en tonos rosa y lila, un lugar de sueño como lo dijo Lewa. Al ver cuadros y pinturas de bailarinas, la pequeña Lewa no dudó en emocionarse y de inmediato supo que se encontraba en una escuela de ballet. La emoción fue tanta que por sus mejillas rodaron lágrimas.

De inmediato Emma solicitó hablar con la directora de la escuela para iniciar todo el proceso de inscripción de Lewa. Las dirigieron hacia una sala y se encontró con una mujer blanca, delgada y de ojos azules. Era la directora y la encargada de aprobar, o no, a las niñas en su escuela. En su rostro se notaba cierta arrogancia. Sin embargo, Emma sólo pensaba en ver a su negrita bella danzando. Así que, sin importar cuan engreída fuera la directora, empezó a preguntar por los requisitos para que Lewa pudiera entrar a la academia.



“...no comprendía por qué no podía bailar si al entrar a aquel lugar había visto a muchas otras niñas de su edad danzando en los salones con sus trajes de bailarinas...”

Ella sabía bien que las niñas debían hacer algo así como una audición, así que le preguntó a la directora cuándo podría su hija hacer la prueba. Inmediatamente la mujer blanca se rio con un tono de burla y le dijo a Emma que era imposible que su hija hiciera las pruebas. Emma, con un asombro profundo, le preguntó cuál era la razón por la que se atrevía a decir aquello con tal osadía. A lo que la directora contestó: “¿no se da cuenta señora? su hija no puede bailar”. Emma le pidió explicaciones y la directora le respondió: “ha perdido su tiempo al venir aquí, su hija de ninguna manera puede ser parte de esta escuela, los negros no bailan ballet. ¿Ha visto acaso usted a bailarinas de ballet de piel negra? Creo que no, ¿verdad? Entonces no sé qué hace aquí.”

Aunque Lewa no comprendía muy bien por qué su color de piel era un impedimento para ingresar a la escuela, el simple hecho de haber escuchado de la directora que no podía bailar fue una razón suficiente para romper en llanto. Realmente no podía creerlo, no comprendía por qué no podía bailar si al entrar a aquel lugar había visto a muchas otras niñas de su edad danzando en los salones con sus trajes de bailarinas. No entendía la razón por la cual ella no podía ser como las otras niñas.

Tanta fue la impotencia que Emma sintió que lo único que produjo en su rostro fue una lágrima seca. No dudó ni un segundo en salir de allí con su hija, que en medio del llanto se despedía de uno de sus más grandes sueños, pues sus ganas de convertirse en una gran bailarina de ballet se quedaban en aquel lugar. A partir de ese momento Lewa renunció a su más anhelado sueño y le pidió a su madre que nunca más la llevara a una escuela de ballet. Su madre, tras haber sentido el dolor de ver



“...a través de la danza contemporánea logró encontrarse a sí misma, logró sanar aquel dolor que le produjo ser rechazada por su color de piel...”

derrumbado el sueño de su hija, se llenó de profunda tristeza y de rencor por una sociedad excluyente y racista, pero hizo exactamente lo que su hija le pidió.

Lewa se convirtió en una excelente estudiante, pues dedicó todo su tiempo a leer y aprender cada vez más. Siempre se destacó por su disciplina y por su gran facilidad de liderar y hablar en público, habilidades que más adelante le permitieron ingresar a la universidad mediante una beca para estudiar Derecho. Mientras hacía todo esto nunca dejó de ayudar a su madre.

Conocí a Lewa hace cuatro años, justamente sobre las tablas: ¡danzando! Desde entonces ha sido mi gran amiga, mi hermana, mi compañera de vida y hasta de escenario. La admiro por su valor, coraje y su ímpetu, pues quiso contarme su historia. Lewa trajo, a través de su doloroso recuerdo, una historia que merecía ser contada para entender y para sanar. Estoy segura de que en su memoria permanecerá aquella huella.

Hoy se considera una bailarina, pues a través de la danza contemporánea logró encontrarse a sí misma, sanar el dolor que le produjo ser rechazada por su color de piel y sentir que por fin su sueño se había hecho realidad.

Lewa es madre de una preciosa bebé, que desde ya, al igual que ella, lleva la música en sus venas. No duda ni un instante en moverse cada vez que escucha un sonido y se alegra de ver a su madre bailar. La imita e inventa movimientos con su cuerpo hasta tal punto que te hace pensar que ella es ahora la negrita bella y que quizás el universo destinará para ella una vida como una bella bailarina.

LINA MARCELA CHAGÜENDO LÓPEZ

Soy Lina, estudiante de de Ciencias Políticas. Me gusta escribir sobre las historias de la gente, pero me gusta aún más escucharlas porque creo que cada vez que escucho a alguien revivir sus memorias entiendo a un poco más el mundo al que pertenezco. Creo que soy una bailarina por convicción, pues en el camino me conocí y descubrí gracias a la danza.